

La soledad de la fe y su fuerza transformadora

Alfonso Carlos Comín*

¿Dónde se vive la fe? ¿Cómo se vive la fe? ¿Por qué y para qué se vive la fe? Estas preguntas son anteriores al modo como numerosos cristianos vivimos la fe.

Inmediatamente hemos de abrir otro interrogante: Pero, ¿de qué fe se trata? ¿Acaso la experiencia, la vivencia de fe de cada uno tiene significado para otro hasta el punto de que sea válido tratar de contestar a los anteriores interrogantes? ¿Acaso la fe no arranca siempre de una experiencia personal y privada, intransferible, vinculada a la gracia que la inspira, madurando en la consciencia personal bajo fenómenos y co-ordenadas indefinibles, misteriosas, incomunicables?...

En la medida en que el creyente es receptivo y acepta el impulso de transformación y de liberación a que lo reclama la fe, él mismo va siendo sacudido por el vértigo de la transformación de sí mismo. Hasta llegar quizás a penetrar briznas de la plena liberación que pueda ser para él el acto de morir. Hay aquí una relación dialéctica profunda. Si la fe vivida se guarda en lo recóndito tan sólo y no busca, pese a la soledad y el abandono en que nos tiene sumidos, su fuerza transformadora capaz de hacerse presente en la vida de los hombres, el creyente tiende a convertirla insensiblemente en pieza de museo, en propiedad intransferible, en elemento gregario que sigue la vía cultural propuesta desde el Templo. Carece de fuerza para sa-

* Ingeniero, político y escritor (1932-1980)

lir de él e inmiscuirse en los asuntos de los hombres. La renuncia a la fuerza transformadora y liberadora de la fe le impide transformarse en esperanza. El cristiano vive entonces al margen de la utopía que tensa el arco cuando el desmayo parece irremediable. La fe, la esperanza y el amor se fosilizan. Es imposible saber "a dónde va". Se queda en fe ritual, tan querida a la institución, incapaz de reconocerle en Emaús, incapaz de saber quién es el camino, la verdad y la vida.

Hay sin duda pretensiones de reducir la fe a la esfera de lo privado sea por vía administrativa, sea por vía coactiva o incluso de persecuciones. Eliminando creyentes desaparecerá la creencia misma de la historia. No sé si es necesario entrar en el absurdo de tales pretensiones, que evidentemente son objeto de condena por su misma naturaleza. En otras ocasiones he dicho que temía más la degeneración burocrática, propia de la reproducción judaica del Templo, que ciertas persecuciones. Con ello no pretendo decir que estas últimas sean beneficiosas por lo que tienen de purificador o por otras razones de la fe. La persecución de la creencia, como cualquier otro tipo de persecución por razón de libertad de conciencia, es un mal que corresponde, creo, a la prehistoria de la humanidad, en la que, por desgracia, seguramente todavía estamos.

Pero no creo que sea ése el peligro que asedia hoy a nuestra fe. Si hablamos de la privatización de la fe como un problema, como una cuestión, es porque el riesgo de su degeneración lo tenemos dentro. Y porque la diáspora de creyentes que vivimos prueba que es entre quienes lo fueron y los que lo somos donde se juega la partida...

Dice Bloch: "Cada instante contiene potencialmente la fecha de consumación del mundo". Considero que el cristiano debe vivir su fe a partir de la soledad y la ausencia a que me refería al principio y al mismo tiempo como si la consumación del mundo dependiera de su asistencia a éste, como si esa Palabra de fe que vive fuera decisiva para construir la esperanza universal, la gran utopía tan heterogénea en la que podrán deambular comunicándose, aunque sea a tientas, esos hombres que hoy viven como islas, alejados los unos de los otros, alejados cada uno de su propia y posible identidad.

[De la ponencia pronunciada en las Jornadas Catalanas del Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos (MIIC), 1978.]